

Italia como centro, contribuyeron poderosamente al mismo. Con mayor eficacia sirvieron al mismo fin las cruzadas. Pero elemento alguno contribuyó tan poderosamente como las libres constituciones de los municipios y repúblicas italianas que, por espacio de cinco siglos constituyeron el centro máximo desde el cual radiaban á la vez la industria, la ciencia, el arte.

Pero las prolongadas luchas de los italianos entre sí, y el decaimiento moral de la raza greco-latina, la conquista de Constantinopla por mano del turco, prepararon aquella decadencia que se cumplió tan rápidamente y casi al fin del siglo xv, precisamente cuando Colon hubo descubierto á América, y Vasco de Gama había pasado el Cabo de Buena Esperanza; cuando la imprenta propagaba en toda Europa la idea y la ciencia, cuando se difundían en el Norte los gérmenes de un movimiento que no había de limitarse al mero campo religioso, sino que había de influir fuertemente en la actividad económica y social de los pueblos por tales descubrimientos nuevamente disputados para el progreso.

De aquella época, y por diversas razones los países bañados por el Atlántico heredaron la primacía de aquellos que rodeaban el Mediterráneo. España y Portugal poseedores de los nuevos países descubiertos, beneficiaron desde luego sus riquezas, y por mucho tiempo fueron los únicos que se dedicaron al comercio entre los dos mundos. Pero las falsas ideas económicas de la Edad media, hacia que mientras entraba la plata á raudales en la península, la miseria fuera creciendo por todos lados. Una desdichada resolución de los Reyes Católicos entregó el comercio de América á Andalucía, á Sevilla y Cádiz, y así en tanto estas ciudades crecían y se desarrollaban gracias á su privilegio, las ciudades comerciales del Mediterráneo agonizaban lentamente, y la desolación y ruina reinaba por todas partes. Barcelona, el emporio comercial de España durante la Edad media, era una ciudad realmente muerta. Su industria y su comercio habían desaparecido. En pleno siglo xvii no había dinero para fundar una sociedad comercial para revivir el comercio. Y en los primeros años del siglo xviii los Concilleres trataron repetidas veces de declarar á Barcelona puerto franco, y si no se llegó á esta declaración fué debido á la guerra funesta de sucesión que hizo imposible la adopción de aquella medida considerada por nuestra industria y comercio como salvadora. Así murió el comercio mediterráneo en España para pasar á sus puertos del Atlántico, pues ocupado el oriente por los turcos, y el occidente por los sevillanos, los mercados desaparecieron, pues el de las especias, como se decía entonces, ó el de los frutos coloniales como decimos ahora, también cambió de dirección, pues los portugueses doblando el cabo de Buena Esperanza iban directamente á Bombay por dichos frutos, muriendo por esta circunstancia también el comercio veneciano. Y no se crea que esto de «morir» y «muerto» sean expresiones metafóricas, llegó por ejemplo á tan alto grado la decadencia y ruina de Barcelona que la barra que las arenas del Besós forman á la entrada de su puerto llegó á cerrarlo poco menos que por entero tanto que en el siglo pasado el Marqués de la Mina, capitán general de Cataluña, lo pasó á caballo de uno á otro extremo, es decir del muelle nuevo á Atarazanas.

La gran cantidad de metales preciosos que las carabelas andaluzas traían á España iban á fundirse en Flandes, en Alemania y en Italia para sostener las guerras del Emperador y de Felipe II contra la coalición europea que no sin justa repugnancia veía la absurda pretensión de Carlos I de reconstruir el imperio romano bajo su cetro ó espada. Esta absurda pretensión costó á España ríos de sangre y de oro y como este estado de cosas, aumentado luego en la persecución ó intolerancia religiosa duró más de un siglo terminando con la impolítica y fanática medida de la expulsión de los moriscos, quedó España tan estenuada que á últimos del siglo xvii se trató formalmente en el Congreso de la Haya de la manera de repartirse los coaligados la monarquía española. A esto había venido á parar la nación que en el siglo xvi luchó en todas partes por la dominación universal.

Dicho se está que á medida que España iba debilitándose, progresaban las naciones rivales, y que los Países Bajos no satisfechos con haber escapado á la intolerancia española

y al fanatismo del duque de Alba nos persiguió por todas partes para aterrar nuestro comercio en provecho del suyo. Que esto mismo hizo Inglaterra es bien sabido, y en justa represalia del terror que le había inspirado la «Invencible Armada», vencida como cosa de niños por las formidables tempestades del Océano, del fanático Felipe II en un tiempo rey de Inglaterra, Francia uniéndose desde luego á nuestros enemigos, y la nación que tantas humillaciones sufrió en tiempo de Carlos I y de Felipe II, tomó la revancha en tiempo de sus ineptos sucesores, arrancando á la corona española florón tras florón, es decir, provincia tras provincia, con lo que vino á redondear su situación territorial.

Pero lo que no se pudo distraer de España fueron las posesiones americanas. Consiguieron los extranjeros establecerse en algunas islas y puntos de la costa pero nada más; América continuó siendo española. Y aun que Inglaterra supo sacar de la debilidad de nuestros ministros privilegios comerciales que habían de contribuir poderosamente al desarrollo de su marina, España quedaba aun sobrado fuerte para rehacerse, y disputar de nuevo al elemento anglo-teutónico protestante el imperio del Comercio. Bastó al efecto los sábios y prudentes gobiernos de Fernando II y de Carlos III para que España volviera á su antiguo esplendor. Sus armadas recorrieron victoriosas por todas partes, y sus navíos protegían por todas partes la bandera mercante. Abolido el tan perjudicial privilegio de navegación con América concedido á los sevillanos, Barcelona y las demás ciudades mediterráneas volvieron á la vida, y entonces se vió como lo artificial solo vive merced al artificio, pues mientras Málaga, Valencia y Barcelona que volvían á ponerse al frente de las ciudades comerciales de España se lanzaban á América en busca de fletes, Sevilla y Cádiz iban decayendo al extremo de no ser hoy Cádiz más que un recuerdo, tan perdida y derrotada está la ciudad comercial por excelencia, dada su situación topográfica, á pocas leguas de África, en frente de América.

Desgraciadamente la falta de talento político de los hombres del reinado de Carlos VI, hundieron en el Océano con inmarcesible gloria de España aquellas mismas naves que eran el amparo de su comercio, quedando este tan deslabonado, que uno á uno fuimos perdiendo todos los eslabones de nuestra cadena comercial, quedando por fin triunfante el elemento anglo teutónico y en su poder y mano el comercio del mundo, que no pudo quebrantar ni la pérdida de América, y que aun conserva hoy á pesar de los esfuerzos de las naciones comerciales del Mediterráneo.

Si hemos podido llegar desde la antigüedad hasta nuestros días sin hablar de la parte oriental, es que esta, fuera del período greco antiguo, no aparece con alguna importancia comercial sino á partir del siglo pasado. Los esfuerzos de Pedro el Grande y de Catalina II, han podido galvanizar aquel inmenso pero inerte cuerpo que ocupa y oprime esta parte de Europa. Pero su estructura geográfica, falta de aquel favorable desenvolvimiento de vías de comunicación de que está provisto el Occidente con tanta abundancia y riqueza, el rudo clima que padece en casi toda su extensión; la índole tarda, poco inventora, inculta y fatalmente imitadora de su gente, quitan absolutamente á Rusia la esperanza de poder jamás dominar el mundo, ya sea con la espada, ya con la potencia del número y de la fuerza bruta. Sus clases ilustradas han conseguido magistralmente esto de tomar el verniz y la apariencia de la civilización occidental; el gobierno y la casta dominante han sabido tomar ó prestarnos los últimos progresos científicos y sociales de las otras naciones, pero el fondo de la nación moscovita, la gran masa del pueblo, aun hoy se conserva (tal es nuestra opinión,) y con muy pocos variantes, conforme era en tiempo de Pedro I. Quitadle á un ruso la piel, dice un agudo observador, y aparecerá el tártaro. Los antiguos fastos de la república de Novogorod, las minas auríferas del Aral y del Altai, las ferias de Riatka, los puertos de Riga, de Petersburgo, Odessa, Tangerok y Astrakan, no bastan á asegurar un espléndido porvenir comercial y económico á una potencia que proyecta parte de su imperio más allá del círculo polar, y que en su parte europea ocupa una masa continental y compacta sin comunicación directa con los grandes vehículos de la civiliza-

ción. La parte oriental, pues, podrá ser un auxiliar poderoso de una ú otra parte de la parte anglo-teutónica, ó de la parte greco-latina, pero no una parte ponderante por sí sola. Hoy por hoy su política la lleva á favorecer la región Mediterránea en sus luchas contra el Norte. ¿Recuperará el Mediterráneo el tridente del comercio?

Algunas grandes empresas recientemente llevadas á cabo, parecen anunciar una próxima y nueva revolución comercial, cuyos efectos serian volver á llevar al Mediterráneo gran parte de su antigua importancia mercantil. La primera de estas empresas es la apertura del canal de Suez; la segunda la doble perforación de los Alpes. En vias de ejecución tenemos la apertura del istmo de Panamá. Por la apertura del istmo de Suez Europa se ha acercado tanto al Oriente, que este puede decirse que está á sus puertas. Tarde ó temprano el comercio del Oriente será un comercio europeo, y si aun hoy los vapores hispano-philipinos arrancan sus expediciones de Liverpool, tiempo vendrá en que vengán á morir en nuestros puertos y vayan al norte por las vias férreas internacionales los productos coloniales de que tenga necesidad dicha parte de Europa. Este servicio económico han de prestar las líneas que atraviesan los Alpes y los Pirineos, y por esto no comprendemos los obstáculos que á la perforación de estos pone España en nombre de los principios de la estrategia militar tan variables y tan sin aplicación en materia de transportes por ferro-vias en países montañosos, máxime cuando estas montañas están ilustradas por guerras internacionales y civiles de eterna memoria.

La posesión del comercio oriental ha sido casi siempre el signo de la posesión del comercio del mundo. En posesión de la India está Inglaterra, pero esta posesión es sumamente precaria y ya llama á sus puertas el irreconciliable enemigo de la Gran Bretaña. Un día ú otro, no muy lejano ciertamente, casi puede decirse el día que los ferro-carriles rusos lleguen á su frontera, aquel día los cosacos gritando libertad é independencia recorrerán en toda su extensión triunfantes los valles del Indus y del Ganges. Inglaterra lo sabe y se prepara para todas las eventualidades. Por esto se esfuerza en crear una nueva India en la Italia, y por esto se nos ha puesto frente á frente en las Filipinas ocupando un extremo de la isla de Borneo. La revolución comercial es, pues, indudable y próxima, y la toma de posesión del istmo de Suez, consentida por la pusilanimidad de Francia de nada le servirá á Inglaterra, pues la perderá siempre que quiera una de las grandes potencias mediterráneas. Su posesión de Gibraltar ya es sabido que no le da hoy seguridad alguna ni desde el punto de vista militar ni desde el punto de vista comercial, y la apertura del istmo de Panamá que estará constantemente vigilado por los Estados-Unidos abriéndose sobre el centro de Europa brindará con mayores ventajas comerciales á Burdeos, Lisboa y Cádiz, que no á Liverpool. Si España sabe conservar á Cuba, Cuba está destinada á un gran porvenir comercial, pues será la gran escala y depósito comercial del Sud América con Europa.

Pero dicho se está que de la misma manera que Italia no ha sacado de la apertura del istmo más ventaja que la de su tren acelerado de las Indias de Brindis al Norte, de la misma manera, de Panamá no sacarán mayores ventajas las naciones mediterráneas.

España y Francia por no haberse sabido preparar con tiempo, no pueden hoy acudir á los mercados comerciales del oriente asiático con fuerzas bastantes para cambiar el rumbo del comercio oriental, fijándolo en Marsella y Barcelona, así es que á pesar de la apertura del istmo de Suez continuaremos en el mismo estado interin no se vaya á buscar resueltamente á Asia lo que interesa á los mercados europeos y americanos, pues nuestra posición nos asegura la posesión del comercio americano asiático.

Europa por su extensión territorial es la parte más pequeña de las cuatro en que se divide el mundo. En efecto:

Africa tiene una superficie de 30.393,120 kilómetros cuadrados, incluso los 627,684 kilómetros de sus islas.

América tiene una superficie de 41.000,000 de kilómetros cuadrados.

Asia tiene 44.828,000 kilómetros cuadrados.

Europa solo tiene 9.710,340 kilómetros cuadrados.

Respecto de la línea de costas, Europa en relación á su superficie total es la que tiene más costas, pues cuenta:

Europa 31,900 kilómetros de costas, ó sea un 32'8 kilómetros por cada 10,000 kilómetros cuadrados de superficie.

Asia 56,985 kilómetros, ó sea 11'3 kilómetros por cada 10,000 kilómetros cuadrados de superficie.

América tiene una línea de costas enormes. La del Pacífico es de 26,000 kilómetros. La del Atlántico de 37,000, la del norte de 5,000, total 68,600 kilómetros, pero como tiene una superficie de 41.000,000 de kilómetros cuadrados, 16'7 kilómetros por cada 10,000 kilómetros cuadrados.

África es la parte del mundo que tiene ménos costas como ya hemos dicho, pues solo mide 26,090 kilómetros, ó sean por cada 10,000 kilómetros cuadrados de superficie de 8'5 kilómetros.

Respecto de su población, Europa puede oponer á Asia sus 318.376,630 habitantes, de modo que así como es la parte del mundo que tiene más costas, es también proporcionalmente la más habitada. No debe pues temer Europa dada la densidad de su población en aumento cada día que los avances de Asia puedan ponerla en peligro si conserva su unión. Y como quiera que cada día vayan siendo más íntima y cariñosas las relaciones de los varios pueblos europeos, el día que estos no estén separados como ahora por los varios sistemas políticos que los rigen, y todos gocen de los sistemas democráticos que solo pueden dar medios para la unión y alianza de los pueblos sin menoscabo de su independencia, aquel día Europa podrá desafiar á Asia y África cualesquiera que sean su ulterior desenvolvimiento, pues podrá constituir sus *Estados Unidos de Europa*, suprema aspiración por la que lucha hace años Lemmonier con su valiente diario ginebrino de este nombre, que cuenta con la cooperación de los hombres más eminentes de todos los países.